

en que el derecho internacional, el parlamento del mundo, la confederación de la Humanidad, reemplazarán los ejércitos permanentes y las naves revestidas de acero. La interna guerra social debe también acabar, más pronto ó más tarde. El pauperismo y el crimen serán tratados según el método cristiano. Los criminales serán reformados. El castigo se impondrá con este piadoso propósito. La cooperación en la industria y en el comercio sucederá á la competencia. Conocidos son los principios por cuya virtud han de obtenerse tales resultados: la dificultad que aún queda que vencer sólo en la aplicación estriba. Cayó la esclavitud y se allanó un gran obstáculo para el progreso. Los otros males de la sociedad serán pronto combatidos, y uno en pos de otro se irán también destruyendo. El Cristianismo se hace más práctico cada día, y su aplicación al vivir de las gentes crece en vigor y en tino. Ley de la vida humana es que el desarrollo de las diferencias preceda á la reconciliación. La variedad está antes de la armonía; el análisis prepara la síntesis; á la unión se anticipa la oposición. El Cristianismo, cual poderoso estímulo, aplicado á la mente del hombre, desenvuelve, primero, todas las energías é inclinaciones del alma; pero después su suave influjo en los corazones las reconcilia todas. Cristo es el Príncipe de la Paz. Cristo vino á poner paz entre el hombre y Dios; entre hombre y hombre; entre la ley y el amor; entre la razón y la fe; entre la libertad y el orden; entre la conservación y el progreso; y aunque nos trajo al principio la espada, nos envió después el ramo de oliva. La unidad universal es el objeto y el fin del Cristianismo.»

Si hemos de compartir las hermosas esperanzas del Sr. Freeman Clarke, se ve que, no por obra de los

mahatmas, ni por utilizar la metafísica de nadie, sino por virtud de una religión, llegará pronto la humanidad, tal vez dentro de poco más de un siglo, que será el milenio, á una situación brillante, pacífica y dichosa. Mas no por eso ha de extinguirse en los hombres el deseo de explicárselo todo racionalmente y por sus causas. Entonces, pues, con más reposo y holgura los hombres tal vez se dediquen á la metafísica, acierten al fin, y ya con buena, sana y verdadera metafísica, la utilicen, y sean aún más felices y más dignos.

III

¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? (Página 27.)

Son palabras de San Buenaventura, que pueden y deben entenderse en varios sentidos; pero que, según todos ellos, nos ofrecen sólo una aspiración á la metafísica-ciencia, y no su realidad.

Para responder á las tres preguntas, para cumplir los tres puntos y subir los tres grados, no basta el natural discurso. Según todos los místicos cristianos, se necesitan la fe y las obras. *¿Quién soy yo?* no significa sólo el conocimiento de sí mismo, una psicología sutil

y honda, sino el empleo y ejercicio de la voluntad para limpiar el alma y crear en ella la pureza. ¿Quién es Dios? significa la luz, que el alma, ya purificada, columbra allá en su íntimo centro, y que se le aparece como sumo bien, atrayéndola á sí, y encendiendo en ella el amor. Y ¿cómo Dios y yo seremos una misma cosa? significa la obra de ese amor, cuyo último y supremo término es la unión de Dios y del alma.

Esta unión se realiza en el centro íntimo de que ya hemos hablado, el cual, según los místicos, es más alto que la inmensidad de los cielos, más hondo que el abismo, y más ancho que el Universo todo. Cuantos son los seres de la creación no bastan á llenar su capacidad. Sólo Dios la llena, que es la esencia de su esencia, de quien el alma está como pendiente. Otros místicos dicen que este centro va á parar á cierto abismo, que se llama *reino de Dios* y cielo del espíritu, porque el reino de Dios está dentro de nosotros, como dice el Evangelio: *Regnum Dei intra vos est*. Y el reino de Dios no es otra cosa sino el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. Cuando el alma llega hasta allí, se une á su principio, que es Dios, y se sume en el mar profundísimo del ser, y se levanta sobre las potencias racionales, y se pone fuera de todo lugar y de todo tiempo.

Hay que distinguir aquí esta doctrina de la de los panteístas, que ven en el ser humano dos inclinaciones: una egoísta, por la cual procuramos conservar nuestra individualidad limitada y mezquina; y otra altruista, generosa, amante, que nos impulsa á dar hasta la vida para unificarnos con el amado, por donde son hermanos el amor y la muerte, y Dios y yo, al unificarnos, nos perdemos en el seno de lo inconciente.

Desde esta doctrina, donde el amor persiste aun, si bien sin objeto real, sino ideal sólo, los filósofos han venido á caer, con más perversa degradación, en el pesimismo suicida: en la doctrina del *nirvana*, de los budistas y de Schopenhauer, donde, no ya por amor al bien, sino por horror al mal, y para librarnos de él, ciframos la esperanza en la nada.

Como se ve, la mística de los panteístas y la de los budistas y pesimistas están en el extremo opuesto de la ortodoxa: las unas son muerte; colmo y plenitud de vida la otra. En ella y por ella entra el alma en unión intelectual con Dios, y se baña en un océano de luz increada y toda la sustancia de nuestro espíritu se diluye en su propia fuente, que es Dios, por donde parece que el alma se desnuda de su ser y se viste del ser sustancial de Dios; pero aunque el alma se infunde en Dios, el alma persiste y vive con más clara y distinta vida que nunca. Para explicar este misterio, acuden los místicos á varios símiles tan bellos como candorosos. El alma unida á Dios es como gota de agua echada en vino, que se diría que deja de ser agua y se transforma en vino; ó como aire que el sol dora; ó como hierro cuando el fuego le penetra y le pone candente y luminoso.

Todo esto, sin embargo, parece que no es obra de la razón sola, sin auxilio de la fe. No es la metafísica que buscamos, si bien en algo semejante han ido en todas las edades á terminar sus meditaciones muchos metafísicos, incurriendo casi siempre en la nota de panteístas, y poniendo, con lúgubre delirio, *el modo más alto de ser en el no ser*, como dice Janet, aludiendo al misticismo de Maine de Biran, en los últimos años de su vida.

Siendo la filosofía primera conocimiento racional de

las cosas eternas, según San Agustín la define, el misticismo católico sería sin duda la mejor, la más sana y la más completa filosofía, si la razón sola bastase, ayudada humanamente del amor; pero la razón y el amor no bastan sin la fe y sin la gracia, que son dones sobrenaturales.

Desde que Kant, al hacer la crítica de la razón, imprimió al pensamiento humano poderoso impulso en dos direcciones opuestas; en la una poniendo límites al discurso y creando una metafísica negativa y escéptica, y en la otra prestando ser al más audaz y pasmoso dogmatismo, fuerza es confesar que nadie, con el razonamiento sólo y puesto en la corriente impetuosa que Kant había creado, le ha impugnado con más tino y energía que Krause. Su doctrina es la que más se asemeja al aristotelismo escolástico hoy tan en moda, y la que más briosa y sutilmente sostiene la objetividad del conocimiento. Dios, al fin de la Analítica, no se demuestra, pero se muestra. Su manifestación, su visión real, se parece á la que conciben los místicos cristianos, y se aparta por un abismo de la creación del Yo absoluto, de la Idea, del Ser idéntico y todo de Fichte, de Schelling y de Hegel. Krause no es panteísta, sino panenteísta. Y su panenteísmo se asemeja al que expresa sencillamente en su *Doctrina cristiana* el padre Ripalda: *Dios está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia*. Cuando el escolasticismo no había renacido aún en España, Sanz del Río trajo el krausismo de Alemania, le aclimató entre nosotros y creó una escuela de la que salieron brillantes personalidades. Pocas siguen aún siendo fieles á la doctrina del maestro. Lo digo con dolor.

A vuelta de algunas burlas á que daba ocasión el se-

vero tecnicismo de los krausistas españoles, haciéndoles incurrir en ciertas extravagancias y rarezas de lenguaje, yo defendí, años ha, el krausismo de los injustos ataques de los católicos tradicionalistas. Hoy me complazco en recordar aquellas defensas mías en el periódico *El Contemporáneo*, al ver que los más doctos y profundos tomistas de ahora me dan la razón. Monseñor van Waddingen dice que el panenteísmo de Krause no difiere, sino por algunos lamentables excesos de lenguaje, de la tesis teística de la omnipresencia y del concurso de la causa primera en los agentes cósmicos. Y luego añade: «Es un espectáculo instructivo ver al adversario más sagaz del criticismo acercarse á las enseñanzas de la más positiva de las filosofías de las edades pasadas, predestinada á todos los rejuvenecimientos y á todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna.»

Monseñor van Waddingen entiende, por último, que el porvenir de la filosofía está en ponerle por base el principio generador del conocimiento, como le han señalado los más firmes pensadores, desde Aristóteles y los grandes escolásticos hasta Krause, á fin de llegar á la completa distinción entre los elementos subjetivos y objetivos del conocimiento, y entre el fatalismo de los agentes materiales y la autonomía interna del espíritu, y á fin de reconocer la realidad de la causa primera é infinita y de su presencia incesantemente activa en los seres del Universo y en el alma del hombre.

IV

Lo que es por el discurso, tarde ó nunca llegaremos á una metafísica en que el espíritu se aquiete. (Pág. 28.)

Guyau ha escrito un libro, *La irreligión del porvenir*, donde quiere probar que, de aquí en adelante, no será posible religión alguna, al menos para las personas ilustradas. Como primera consecuencia de esto, se infiere la necesidad de ser ó de parecer irreligiosos, á fin de no ser tenidos por *microcéfalos* ignorantes. Y como segunda consecuencia, se infiere la necesidad de componer metafísicas racionales para reemplazar los dogmas desechados. Pues bien: nada más deplorable que la colección de sistemas que Guyau va pasando en revista en sustitución de las religiones. Todos son ateos y casi todos pesimistas y desesperados; pero muchos procuran explicar racionalmente, y hasta hacer, allá á su manera, la apología de la religión que tratan de reemplazar. El más interesante de estos sistemas es el de Felipe Mainlaender. Se titula *Filosofía de la redención*, y es, según el autor, archicristiano: una nueva *Imitación de Cristo*. El autor, inspirado por Schopenhauer, compuso su libro, le imprimió con primor, corrigió la pruebas con esmero, recibió el primer

ejemplar, y en seguida, en Nápoles, el día 31 de Marzo de 1876, se ahorcó para redimirse y para probar su pleno convencimiento en la verdad de su doctrina, que él considera la última palabra, la deducción más racional y más completa del Cristianismo.

V

....ἀμείνων δ' οὐδέμια (Pág. 117.)

A fin de que las personas extrañas á los estudios filosóficos no se den á imaginar que yo invento paradojas para entretener á los lectores, y que afirmo que la metafísica es inútil sutilizando y alambicando, voy á trasladar aquí todo el párrafo de la *Metafísica* de Aristóteles, que termina con las palabras que van en el texto, y se verá que mis razonamientos son comentario fiel de dicho párrafo, el cual es como sigue:

«Por la admiración ahora y siempre empiezan los hombres á filosofar. En el comienzo se pasmaban de la inexplicable que cerca tenían; pero poco á poco quisieron comprender más elevados objetos; las mudanzas de la luna, del sol y de las estrellas, y hasta el origen de todo. Y como la ignorancia era causa de admiración, los primeros que allá á su modo filosofaban, se complacían con fábulas, pues la fábula (*mythos*) conviene á lo

maravilloso. Ello es que el filosofar fué para huir de la ignorancia. Es evidente que nadie filosofó sino para saber, y no por utilidad. Los hechos dan testimonio de que fué así; nadie se dedicó á esta ciencia hasta que hubo lo que importa á las necesidades de la vida y á la comodidad y al deleite. No se buscó esta ciencia para fin alguno que en ella no estuviese; de suerte que, así como se llama libre al hombre que no es de otro sino de sí mismo, así esta ciencia es la única libre entre todas, porque ella sola es por e'la. Y como la naturaleza del hombre es esclava, con razón puede afirmarse que no es humana la posesión de esta ciencia. Según Simónides, sólo Dios la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso; sobre todo en este punto; por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros, si no engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima y honradísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios, porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de principios trata. Por eso son más útiles las otras todas, pero ninguna es más sublime.»

VI

¿Qué concepto histórico hemos de formar ni qué doctrina moral hemos de inferir de todo ello? (Pág. 198.)

La elasticidad del tema sobre el que aquí discurrimos es tan grande que, si fuésemos á dilucidar los puntos que se tocan por incidencia, sería nuestro trabajo interminable, y este libro sería el libro de todas las cosas y de otras muchas más.

Para demostrar que nadie va á leer ó á oír comedias de Calderón ó de Tirso á fin de moralizarse, sino á fin de divertirse ó de gozar de cierta emoción estética, no es menester meterse en honduras. Rara es la comedia de nuestro antiguo teatro que pueda presentarse como una *lección moral*. No creo tampoco que pueda presentarse como espejo fiel de las costumbres de entonces. En casi todas ellas hay algo de arbitrario, convencional ó exagerado.

Ha escrito el Sr. D. Vicente Barrantes una discretísima disertación, á par que interesante narración, con el título de *El veinticuatro de Córdoba*. El efecto que su lectura produce es el de disculpar, y hasta el de respetar, al noble y terrible Fernán Alfonso, que mata á su mujer y á la confidenta de su mujer y á los amantes

de ambas, á quienes sorprende en el mismo delito que le deshonor. No poco se excede Fernán Alfonso en matar además todo bicho viviente que había en su casa, como fueron perros, gatos, monos y papagayos, que ninguna culpa tenían de cuanto había ocurrido. Pero, en fin, hasta esta falta, ó, mejor dicho, hasta esta sobra de castigo, se disimula.

Comparada luego la verdad histórica del caso de Fernán Alfonso con las ficciones poéticas análogas de Calderón, fuerza es confesarlo, quedan las últimas harto malparadas. Aquellos maridos apenas tienen celos de *amor*, sino de *honor*; matan por orgullo y no por otra pasión más simpática; y no se castigan ellos mismos luego, como se castigó Otelo, sino que se quedan fresquíssimos, y aun se casan con otra buena señora.

Tan exagerada, fría y razonada ferocidad, tiene mucho de falso y de declamatorio. No se funda en el profundo sentimiento de la santidad del lazo conyugal, roto por el adulterio, sino en pasiones, no humanas, sino casi exclusivas de los hidalgos.

Tiene mucho chiste (y le reímos) aquello tan sabido de Lope:

«No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle don Tarquino mil reales
Ella fuera más blanda y menos necia.»

Pero, considerándolo bien, nos inclinamos á creer que no habría poeta en nuestros días que tuviese mujer ó hijas y que se acordase de su madre, que se atreviese á decir tan desvergonzada burla; que sometiese la virtud de toda mujer, hasta la de aquella que sirve de

tipo de la fidelidad conyugal, á la condición de no ser pobre y de no tener quien le dé mil reales.

Todo, pues, nos persuade de que los poetas españoles de los siglos XVI y XVII no se preocupaban de la moral, ni se ajustaban tampoco demasiado á la realidad de las cosas. Comedias y novelas eran entonces menos *naturalistas*, y también menos *didácticas* que ahora; no enseñaban lo que debía ser, ni enseñaban lo que era, sino exagerándolo, para que hiciese más efecto en el juego libérrimo á que la imaginación se entregaba.

Pasma que, al lado de los adustos y tremendos maridos de Calderón, y al lado de su Príncipe constante, aparezcan hidalgos y caballeros de fuste haciendo *travesuras*, evidentemente tenidas por tales en la mente del poeta, y que no hacen que el *travieso* se infame y merezca harto más dura calificación en el concepto del mundo de entonces. El héroe de *La villana de Vallecas*, por ejemplo, se prevale del trueque casual de las maletas para guardarse dinero, joyas y letras de cambio del indiano, y para tomar el nombre de éste y tratar de quitarle también la novia. Si no lo consigue, no es por falta de voluntad.

En las novelas, aún suele ser más extraordinaria la relajación de las costumbres. Doña María de Zayas y Sotomayor nos da de esto la muestra más curiosa en *El prevenido engañado*. La moral de la historia es que toda mujer engaña, y que es mejor, ó menos malo, casarse con una discreta que con una tonta, porque la discreta lo hace con disimulo, y el engañado suele no enterarse, mientras que la tonta procede tan sin tino, que el pobre engañado tiene al punto conocimiento del engaño. En la serie de aventuras de mujeres discretas con que la suerte va previniendo al que es engañado

al fin por la tonta, hay algunas aventuras que se sobrepone á cuanto Zola ha podido imaginar en nuestros días. Una señorita de Granada pare y echa el niño á un corral para que los cerdos se le coman; una noble viuda, que pasa en Sevilla por santa, tiene secretos y horribles amores con un negro, mozo de la caballeriza, á quien la lascivia de ella mata: etc., etc. Todo esto está contado con frescura y sin aspavientos. Y, sin embargo, el reverendo padre maestro fray José de Valdivielso pone á las novelas de doña María de Zayas la siguiente aprobación: «En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Y aunque por ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspacias, no se le debiera dar la licencia que pide, por dama é hija de Madrid me parece que no se le puede negar.»

Entiéndase que hablamos aquí de la inmoralidad casi inconsciente y espontánea de los poetas. Si entrásemos en la inmoralidad de los poetas premeditada y promovida por la vil adulación, ya al singular tirano que los protege ó mantiene, ya al vulgo, en la Edad Moderna, sería cuento de nunca acabar é interminable capítulo de culpas. Baste citar, para muestra, á Marcial, que pone á Domiciano por las nubes, y á Villegas, que llama Grande al pobre y desdichado rey Felipe IV, «cuyo nombre no da al viento

Porque no es capaz de él tanto elemento.»

El Ariosto, que se reía de todo, aconseja á los príncipes que protejan á los poetas, para que les den fama de buenos, aunque sean malos, y para que, si se enojan por falta de protección, no los pongan como chupa de dómine ó como hoja de perejil.

Con el ejemplo corroboró Ariosto su precepto y con-

sejo de adulación, hasta el punto de afirmar que Lucrecia Borgia eclipsaba por su honestidad á su tocaya la mujer de Colatino. En el templo de la gloria de las mujeres, la primera inscripción que pone Ariosto es aquella que

*Con lungo onor Lucrezia Borgia noma,
La cui bellezza ed onestá preporre
Debbe al antica la sua patria Roma,*

Al cardenal Hipólito de Este, tremendo facineroso, protector del gran poeta, le adula éste hasta el punto de disculpar sus crímenes. Lucrecia Borgia trajo consigo á Ferrara á una prima muy linda y desenfadada, llamada doña Angela. El Cardenal, y Julio su hermano, la pretendían á la vez, y un día, acaso por dar celos ó por hacer rabiarse al Cardenal, Angela Borgia ponderó de hermosos los ojos de Julio. El Cardenal, para vengarse, mandó á unos sicarios que, al volver de una cacería, sorprendiesen al hermano y le sacasen aquellos ojos que tanto gustaban á doña Angela. La operación no se hizo, por dicha, bastante bien, aunque el cardenal la presencié, y los médicos pudieron salvar á Julio uno de los ojos. El Cardenal no acertó á dejarle ciego, sino sólo tuerto.

El Ariosto trata en una égloga de disculpar á su Mecenas. Puede verse á Gregorovius en la vida de Lucrecia Borgia.

Ello es que el estilo hiperbólico de la poesía se presta más que la prosa, á la adulación, y puede convertir la adulación en la más inmoral infamia, ó hasta en la más brutal blasfemia. Citaré para muestra los versos

de Antón Montoro en alabanza de doña Isabel la Católica:

«Alta Reina soberana,
Si antes naciéradés vos
Que la hija de Santa Ana,
En vos el Hijo de Dios
Recibiera carne humana.»

Y no se diga que esto era en tiempos antiguos. Ahora, recientemente, y no para encomiar á la esclarecida princesa que da á España unidad y al mundo antiguo un nuevo mundo, sino para lisonjear al Sr. Sagasta, se ha compuesto esta copla, á mi ver más blasfema que la de Antón Montoro:

«La Virgen del Pilar dice
Que si se llega á casar,
Ha de hacerlo con el Jefe
Del partido liberal.»

VII

El público podrá matarle, pero no juzgarle. (Pág. 206.)

Todo el pensamiento de Heine sobre la poesía, está expresado con grande hermosura en los romances que

compuso en elogio de nuestro compatriota Jehuda ben Leví de Toledo, que fué un genio.

*Solchen Dichter von der Gnade
Gottes nennen wir Genie:
Unverantwortlicher König
Des Gedankenreiches ist er.
Nur dem Gotte steht er Rede,
Nicht dem Volke. In der Kunst,
Wie im Leben, kann das Volk
Tödten uns, doch niemals richten.*

Harto bien se infiere de esta sublime irresponsabilidad del poeta su carencia de utilidad práctica.

La poesía, en un poeta como nuestro judío toledano, que era un genio, ó digase un ser sobrenatural, es un caso divino; una gran revelación; el eco dulcísimo del beso que Dios dió á su alma, complacido al verla tan hermosa cuando la creó.

De tal poesía como la de Jehuda Levita, según Heine la ensalza, no negaremos la utilidad, si la utilidad puede tomarse en altísimo sentido; si no rebajásemos la poesía llamándola útil, como se rebaja lo divino: la revelación, por ejemplo, ó sin ser por ejemplo, ya que Heine llama á la poesía revelación y grande.

De todos modos, podrán deducirse dos cosas, aceptado lo dicho, que importan á nuestra controversia.

I. Que estos poetas genios son raros, son milagrosos, aunque no tan milagrosos y raros como los diamantes de á libra, si los hubiera, y con quien Campoamor los compara; pero que hay además multitud de poetas que no reciben esa inspiración divina, en sentido real, sino sólo por exageración elegante.

Y II. Que aun suponiendo en todo poeta, que merezca nombre de tal, esa divina inspiración, no podemos figurárnosle como puro instrumento pasivo de dicha inspiración, ni creer que no añade y pone además algo suyo, aunque no sea más que para adornar la expresión y forma de que reviste lo que divinamente le fué inspirado.

Ahora bien; yo recelo que, con esta añadidura, hasta el más egregio poeta puede echar á perder su inspiración divina y convertirla en diabólica, corrompiéndola. No hay peor corrupción que la de lo óptimo. ¿Dónde queda, pues, en la práctica, la utilidad de la poesía? Sólo persistiría la utilidad, presuponiendo una crítica infalible que distinguiese y separase en toda poesía el elemento divino del elemento humano: lo revelado por Dios de lo infundido en nuestra mente por el diablo, por nuestra soberbia, por nuestra lujuria ó por otras malas pasiones.

Después de haber funcionado esta crítica expurgadora, bien se podría formar la poesía canónica, como hay libros canónicos que componen las Sagradas Escrituras, y hacer de dichas poesías canónicas un apéndice importantísimo, nosotros á la Biblia, y los mahometanos al Corán, y al Talmud los israelitas.

Con esto habría utilidad archicompleta en la poesía; pero, ¡adiós, dulcísima libertad de pensar, de disparatar y de escribir en verso! En España habría Inquisición cristiana para la poesía, y en Marruecos Inquisición musulímica. ¿No es, pues, mejor que cada cual dispare á su antojo, lo mismo en verso que en prosa, y que sea libre aunque no sea útil? Yo entiendo que sí. No me cabe duda: mi amigo Campoamor se priva con gusto de la profunda satisfacción que le produciría el

que se declarase *ex cathedra* que tal dolora suya era el eco de un beso que Dios dió á su alma, con tal de no exponerse á nueva declaración, *ex cathedra* también, asegurando que otra de sus doloras era el eco de un beso del propio mengue. Y, sobre todo, si la dolora anatematizada le parecía más bonita (lo cual es probable) que la dolora canonizada. Esta última podría ser *honnête mais embêtante*, y la primera con sobra de sal y pimienta, como aquellos versos, más *placerados* que *dolorados*, que dicen:

«Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.»

VIII

La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. (Pág 223.)

Kant, no sé yo lo que quiso, ni sé si él lo sabía; pero según algunos, quiso rematar la metafísica, casi muerta ya por los tremendos golpes de los filósofos del siglo XVIII, y de David Hume singularmente. Fuerza es confesar que, si Kant quiso esto, hizo sin querer